

EDITORIAL LA REVOLUCIÓN VERDE, QUE NO FUE

Dr. Carlos A. Medina



En el año de 1960 el mundo leyó en los diarios y escuchó en la radio que por fin la ciencia había encontrado el camino para darle de comer a un planeta hambriento. Dos factores se sumaban para calorizar esa gran esperanza: El descubrimiento de nuevas semillas capaces de producir más toneladas de granos por acre sembrado y la ayuda de los fertilizantes.

Ambas contribuciones afirmaban que esta revolución agrícola lle-

naría el estómago de miles de seres humanos que regados por el planeta jamás satisfacían sus necesidades calóricas ni mucho menos eran recipientes de una dieta balanceada.

*Como punto histórico a recordar al respecto, es el Premio Nóbel de la Paz conferido al Dr. Norman & Borlang por su hallazgo científico al introducir una nueva variedad de trigo en las postrimerías de la década del **^cincuenta**. Su experimento genético fue*

básico para que en las Filipinas se descubriera una nueva semilla de arroz, que sería la salvación del sur-este de Asia por muchos años.

Todos aquellos esfuerzos que se plasmaron en realidades en los países industrializados y de alta tecnología agrícola en la década del 60, hicieron un leve impacto en los países sub-desarrollados y cuando fue acogida por los países del cuarto mundo como él nuestro, el crepúsculo del ham-

bre empezaba a aparecer con el incontenible ascenso en los precios del petróleo y del gas natural, básicos elementos para la producción de fertilizantes nitrogenados, columna vertebral de la revolución agrícola. Se necesitan 36,000 pies cúbicos de gas natural para producir una tonelada de amoníaco, punto de partida para los fertilizantes.

Otro factor, difícil de controlar en los países pobres, es la gran cantidad de agua que se necesita para que el abono sea absorbido por la planta y no termine quemándola, como sucede cuando no existe el precioso líquido. En los países ricos este problema es solventado con los canales de irrigación que circundan las áreas de cultivo. En nuestra tierra, la dependencia en la naturaleza a través de la lluvia, hace que no pudiendo controlar el agua los riesgos sean mayores.

En estos momentos, los altos costos del petróleo han quebrado la columna vertebral de la revolución verde y el espectro

del hambre vuelve a ser otra pesadilla en el mundo.

Se ha modificado la actitud de aquellos que, en la década del sesenta, creían que las nuevas técnicas agrícolas serían la respuesta esperada, sin tener que recurrir a la planificación familiar para atenuar el número de bocas hambrientas.

Actualmente, cuando la ilusión sobre la super producción alimentaria se ha desvanecido, piensan dos veces antes de interrumpir o modificar los programas de planificación familiar.

Este año, el número de desnutridos ya no caben en la Sala de Desnutrición del Hospital-Escuela de Tegucigalpa, las madres con esa cara de hambre que tantas veces hemos visto, traen en sus brazos los cuerpecitos moribundos de esos fantasmas de seres humanos que nuestra miseria produce.

La convulsión política de la "Reforma Agraria" en el campo,

el aumento de precio de los energéticos, la falta de tecnología agrícola y la letargia sepulcral de nuestro modo de ser, nos van encaminando a un abismo que no dudamos traerá pavorosas consecuencias a la nación.

La gente inteligente y humana sabe que esto puede resolverse. Los agitadores profesionales y los seguidores que aceptan sus designios, saben que el hambre es el combustible número uno para que se instale la anarquía.

El gremio médico, ligado a la miseria de nuestra raza por el carácter de su profesión, tiene la obligación de ser partícipe en la solución del problema: promoviendo el establecimiento de un estado justo y generoso en forma individual y colectiva y dentro del marco de la paz con el don de la inteligencia, -contribuyendo para que la honestidad y el trabajo de todos los hijos de nuestra nación sean el denominador común en la solución de todos los problemas que nos aquejan.

Tegucigalpa, D.C., 6 de Agosto/80